

diferenciación. La actual es la hora de la alianza. Desde la extrema izquierda del socialismo a la extrema derecha del liberalismo monárquico constitucional, hay ciertas especies políticas, ciertos postulados comunes de gobierno, que a todos importa defender. Como dice el

manifiesto de El Sitio, no es un partido lo que se pretende, sino una alianza, un frente único liberal, que encienda en la sociedad española los apagados idealismos, que haga despertar la dignidad cívica, que infunda la fe en lo futuro—en un futuro pró-

ximo, pues España, quiérase o no, está dentro del planeta, y ha de marchar con él—y disuada a los vacilantes y a los pusilánimes de sacrificar ante los Baales.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid).

### 3) *Página lírica* de Gabriela Mistral

#### DOLOR

*A su sombra*

(Véanse los Nos. 13 y 14 del tomo en curso).

##### EL RUEGO

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,  
por los seres extraños mi palabra te invoca.  
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,  
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,  
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.  
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada;  
¡no tengas ojo torbo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía  
el corazón entero a flor de pecho, que era  
suave de índole, franco como la luz del día,  
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno  
el que no untó de preces sus dos labios febriles,  
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo  
trizándose las sienas como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,  
de la misma manera que el nardo de su frente,  
todo su corazón dulce y atormentado  
¡y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fué cruel? Olvidas, Señor, que le quería,  
y que él sabía suya la entraña que llagaba.  
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?  
¡No importa! Tú comprende: ¡yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;  
un mantener los párpados de lágrimas mojados,  
un refrescar de besos las trenzas del cilicio  
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,  
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.  
Y la cruz (Tú te acuerdas ¡oh Rey de los judíos!)  
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída  
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,  
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,  
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,  
lamiendo, lebel tímido, los bordes de tu manto,

y ni pueden huírme tus ojos amorosos  
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento  
la palabra el perfume de cien pomos de olores  
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;  
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,  
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste  
llorará por los párpados blancos de sus neveras:  
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

##### POEMA DEL HIJO

A ALFONSINA STORNI.

##### I

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo  
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,  
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo  
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido  
de primavera alarga sus yemas hacia el cielo.  
¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,  
la frente de estupor y los labios de anhelo!

Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados;  
el río de mi vida bajando hacia él, fecundo,  
y mis entrañas como perfume derramado  
ungiendo con su marcha las colinas del mundo.

Al cruzar una madre grávida, la miramos  
con los labios convulsos y los ojos de ruego,  
cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos.  
¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!

En las noches, insomne de dicha y de visiones,  
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho.  
Para el que nacería vestido de canciones  
yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho...

El sol no parecíame, para bañarlo, intenso;  
mirándome, yo odié, por toscas, mis rodillas;  
mi corazón, confuso, temblaba al don inmenso;  
¡y un llanto de humildad regaba mis mejillas!